

un año de sombras chinescas

En algunas ciudades se ven grupos de muchachos y muchachas y resulta difícil, de pronto, determinar el sexo de cada uno. Pero no es un azar, porque nada pasa por azar. Los sociólogos se inquietan. Y mientras tanto, los jóvenes se dejan enfervorizar por los ídolos de turno y se manifiestan en los aeropuertos, en las salas de fiestas, despreocupadamente, tumultuosamente: éste ha sido el año de los «Beatles», de Françoise Hardy, de la Vartan... Melenas en los «fans», y las «fans» en pantalones. Todo un síntoma de un estado social.



Por EDUARDO HARO TECGLEN



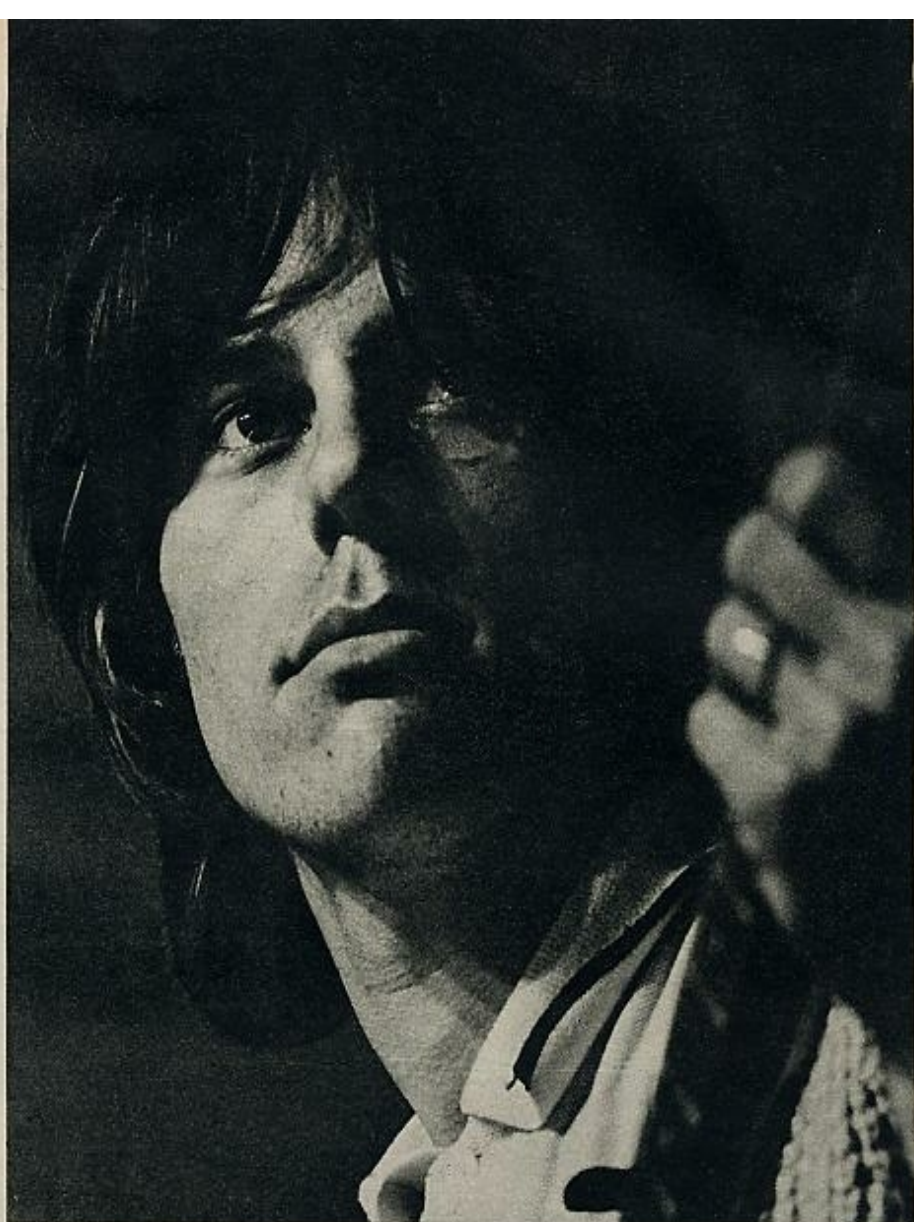
LAS LOCURAS DE 1964

UN ciudadano llamado Rudi Gernreich, ayudado por otro llamado Reuben Torres, inventaron, en este año de 1964 que se nos ha ido de las manos, el medio traje de baño. El "monokini", dicen los franceses; el "topless", en el mundo anglosajón. Estos dos caballeros norteamericanos —aunque uno tenga nombre alemán y el otro español— vieron su audacia recompensada. Ciertas señoritas en varias partes del mundo se acercaron a las playas vestidas —es un decir— con la prenda inventada por Gernreich y Torres —que en realidad no habían inventado nada, sino que, por el contrario, habían hecho desaparecer algo ya inventado: la parte superior del "bikini"—, arros-trando burllas, sombrillas de damas moralistas, policías avergonzados. La idea tuvo una prolongación: se han visto —quienes los han podido ver— trajes de cocktail, trajes de noche, curiosamente mutilados.

SIGUE

Otro caballero llamado André Courreges, modista en París, ha decretado que las faldas —cada vez más cortas, por cierto— han perdido su razón de existir en el mundo moderno y que deben ser sustituidas por pantalones. En la última —reicientísima— gala del «Lido» de París, unas cuarenta señoras llevaban pantalones de noche y algunas se habían decidido por el «topless».

Casi al mismo tiempo que estas cosas ocurrían, los hombres comenzaban a dejarse melena. He visto una escalofriante foto del cantante Mick Jagger, del grupo de los Rolling Stones, perfeccionando su ondulación dentro del secador de una peluquería de señoras. Este ha sido también el año de los Beatles, su año triunfal: lo empezaron a la cabeza del hit-parade británico, y a la cabeza lo terminan, con su disco *I feel fine*. Hay quien dice que su decisión de inclinarse hacia los laboristas —pese a los esfuerzos de sir Alec Douglas-Home por atraérselos, pese al aspecto beatle con que hizo retratarse a su adorable hija Merial, casada este año— ha contribuido notablemente al triunfo de Wilson. Hay economistas que aseguran que los millones —de libras esterlinas— ganados en divisas por los Beatles en el extranjero han ayudado a mantener la moneda de su país, que ofrecía, al final del Gobierno conservador, un déficit de seiscientos millones de libras (cuando aparezcan las cuentas de fin de año se verá que el déficit, probablemente, alcanza los 800 millones: las medidas draconianas gravando las importaciones impuestas por Wilson aún no han dado todo su resultado previsible). El año de los Beatles con melena; el año de Françoise Hardy, o de Sylvie Vartan, con pantalones. No es un azar. Nada pasa por azar. En



¿Una busca de equilibrio? En la última gala del Lido, unas cuarenta señoras asistieron vestidas con «pantalones de noche». Esto sucede al tiempo que los hombres comienzan a dejarse melena. Se ha visto a alguno de los «Rolling Stones» perfeccionando su ondulación en el secador de una peluquería de señoras.



algunas ciudades se ven grupos de muchachos y muchachas, y resulta difícil, de pronto, determinar el sexo de cada uno. «Algo —decía Hamlet— huele a podrido en Dinamarca». Los sociólogos se inquietan (los sociólogos están hechos para inquietarse). Moscú acusa. Un semanario soviético escribía que al «monokini» representa «una reversión hacia la barbarie, un síntoma de debilidad en la vida americana». Goldwater —el cómico rostro de marioneta que apareció y desapareció como por encanto en este año enloquecido— utilizó las audaces señoritas en un film de propaganda contra la Administración de Johnson, a la que acusaba de corrupción. Algunos han dicho que los pechos desnudos son una concesión a África, el Continente de moda, y que raramente puede considerarse como inmoral, en Europa, algo que es cotidiano en Kenia. (Pero la moral usual está hecha exclusivamente de relatividades.)

Yo encuentro una sencilla busca de equilibrio. Si los hombres se feminizan, las mujeres ofrecen más, «llaman» más. Si los hombres dejan de mandar, las mujeres advierten que pueden llevar pantalones. Puede ocurrir que a un cráneo melencuado y ondulado de hombre correspondan unos senos desnudos de mujer, con la esperanza de curarle de su desvirilización. Puede suceder que la turba de arrebatadas «teenagers», que aullan a la vista de los Beatles o de los Stones, sean conscientemente admirativas, pero inconscientemente estén tratando de salvar una especie en riesgo. Europa se

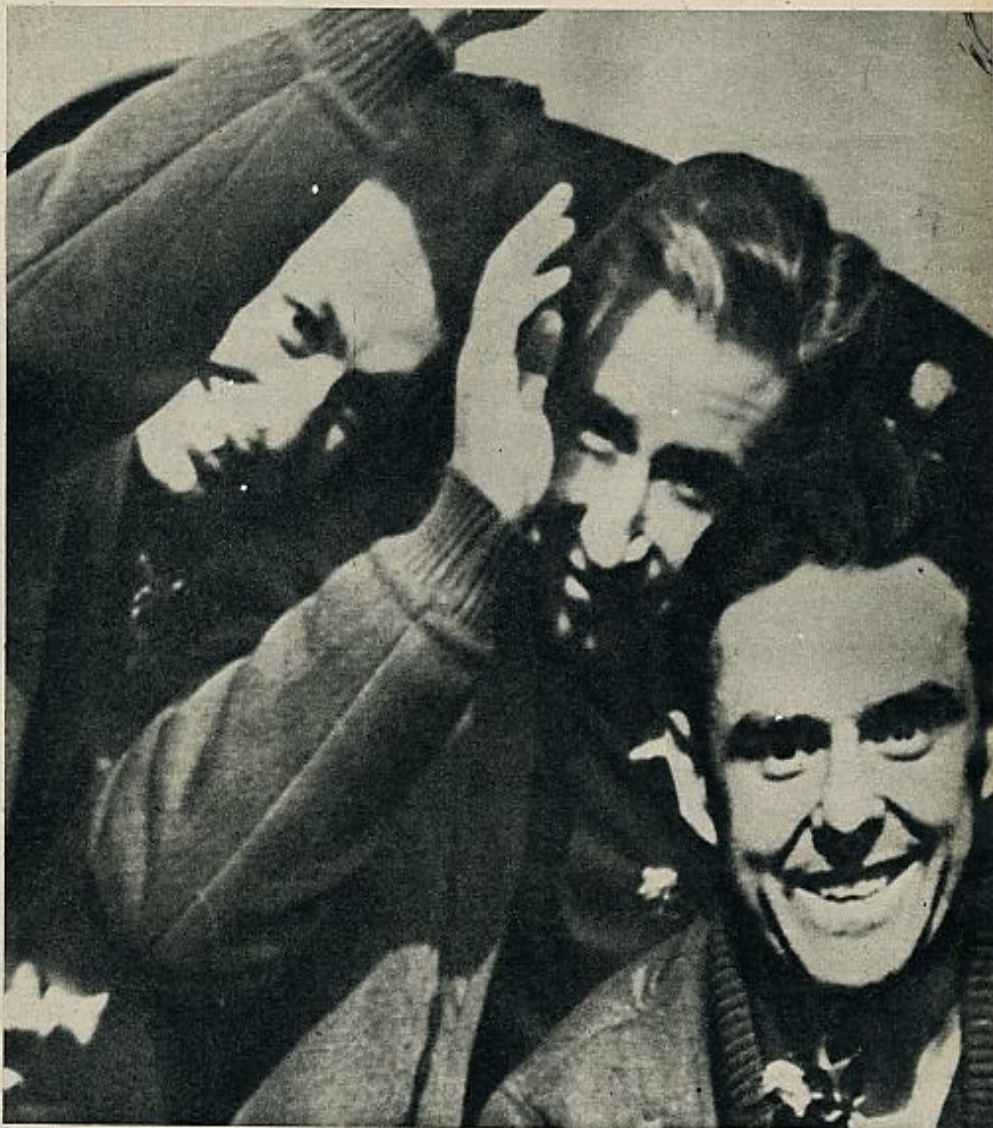
está emasculando. En los países que llamamos de la Comunidad Económica Europea hay tres millones de mujeres que ocupan puestos de responsabilidad y mandan sobre hombres; en los Estados Unidos, más de un millón. «La sensibilidad social se hace feminoide, si no femenina», escribía el profesor Schelsky, sociólogo de la Universidad de Hamburgo. «Es una de las revoluciones más profundas que haya conocido la Humanidad durante su existencia, cuyas consecuencias no han terminado aún de hacerse notar». Entre las sombras chinas que nos deja 1964, esta silueta del muchacho melencuado que se apoya suavemente en el hombro de una muchacha con pantalón, y nada más que con pantalón, oferente y al mismo tiempo dominante, parece la radiografía agónica de una era cambiante. Ciertos actos de violencia gratuita no ecaban de enmascarar la situación. Pienso en las batallas de adolescentes —los Rockers contra los Mods— en las playas británicas durante el Bank Holiday. O quizá en la «guerra del fútbol», que causó otros 300 muertos, en Lima, durante el encuentro entre las selecciones nacionales de Perú y Argentina. Son actos indudablemente distintos entre sí —este último tiene un «motivo», mientras que el otro era gratuito—, pero ambos son actos neuróticos, de escasa reflexión viril. La idea que los participantes en un coloquio celebrado recientemente en París, con el tema «El niño en la ciudad», han dado de la creciente delincuencia infantil es la misma: se trata de una delin-

cuencia neurótica, digamos desarraigada —las raíces del delito pueden ser el hambre, el odio, las pasiones— y gratuita. Lo cual no impide que, en 1964, hayan sido juzgados por los Tribunales franceses 37.000 menores. (Un 300 por 100 más que hace treinta años.)

Este año, la ONU —que, como todo en este mundo, está en crisis— ha contado sobre nuestro planeta 3.000 millones de habitantes; los ha contado probablemente mal, porque hay zonas donde las estadísticas y el registro civil no existen. Dentro de treinta y siete años habrá 6.000 millones; dentro de setenta y cuatro, 12.000: según el científico inglés John H. Fremlin (en «New Scientist»), la duplicación total de la población mundial se cumple cada treinta y siete años, y, en el año 2334, habremos llegado —o habrán llegado— a los tres billones de personas. Calcula Fremlin que se habrán descubierto nuevas posibilidades de alimentación, entre ellas la muy siniestra de homogeneizar los cadáveres humanos para que sirvan de comida. En menos de mil años, explica, habrá 120 personas por metro cuadrado —cifra actual, 0,000.006 por metro cuadrado—, que habitarán en inmuebles de 2.000 viviendas. El peligro, entonces, será el calor: el elevadísimo número de organismos vivientes calentará la corteza terrestre al rojo... La extraña predicción tiene muchas posibilidades de no cumplirse. Pero es indudable que la presión demográfica existe, y que nuestra sociedad ha sido este año que acaba mucho más consciente de ello que en tiempos pasados. La primera piedra la tiró, probablemente, el pequeño y oscuro monje Malthus, y fue maldito por ello —sobre todo, por las soluciones propuestas—; pero la piedra no cayó en el vacío, sino en un lago social, y su onda expansiva ha alcanzado, en 1964, las orillas del conocimiento popular. Algún acontecimiento de este año, al decir de los futuristas, está en relación con el miedo demográfico: la conquista del espacio. Los soviéticos enviaron a tres astronautas; los americanos, un «Ranger» que fotografió la Luna: unos y otros, cohetes que aún están corriendo hacia Marte. Puede creerse que esta vocación de nuestro tiempo por el espacio es una nueva forma de colonización, de mandar hacia allá, en los mil años que han de transcurrir antes de que enrojezca la corteza terrestre, los excedentes de población, como España los mandó a los espa-

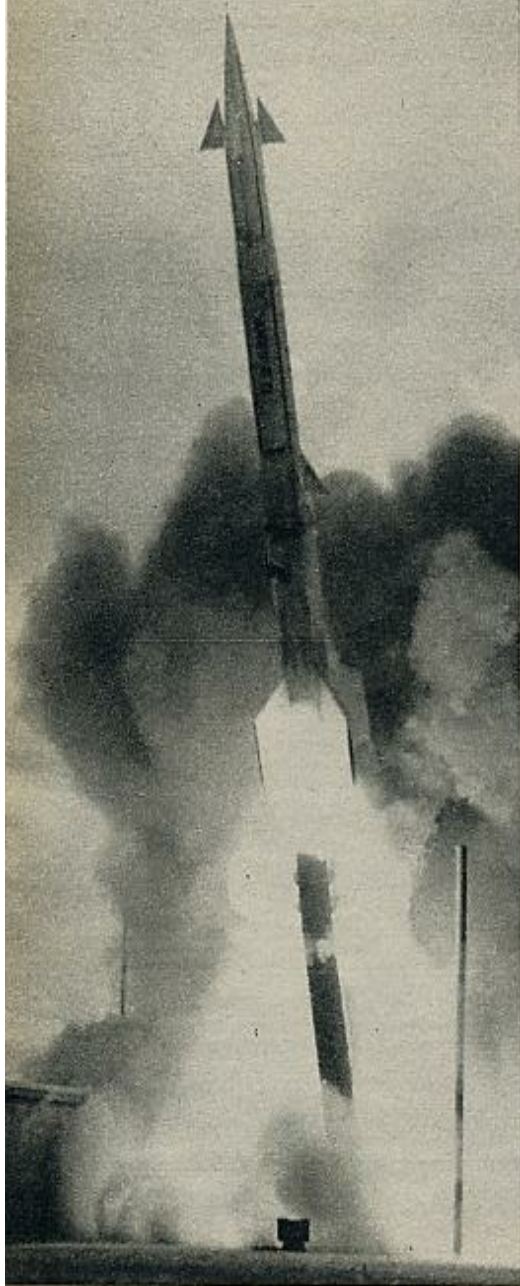
SIGUE

LAS LOCURAS DE 1964



Los cosmonautas soviéticos del «Vostok»: Komarov, Feoktistov y Yegorov, después de su aterrizaje tras su revolucionaria experiencia espacial en común. Soviéticos y americanos continuaron en 1964 la realización de su vocación cósmica.

Pese a los esfuerzos de Douglas-Home para subir a los «Beatles» al viejo carro conservador, los muchachos de Liverpool se hicieron laboristas, contribuyendo notablemente al triunfo de Wilson. Hay economistas que aseguran que los millones ganados por los «Beatles» fuera del país han ayudado a mantener la libra. Al salir del poder los conservadores, el déficit era impresionante.



Trescientos veinte mil megatonnes: he aquí la potencia atómica almacenada por los Estados Unidos y la U.R.S.S., según ha declarado el doble Nobel, profesor Pauling. Aquí tenemos dos ejemplos elocuentes: el «Nike Zeus», proyectil antiproyectil americano, y un cohete soviético último modelo desfilando por la Plaza Roja de Moscú.

cios vacíos de América en el siglo XVI, o Gran Bretaña a la India. Otros acontecimientos en ese sentido de evitar el peligro de crecimiento desmesurado están en la técnica: se ha hablado, en 1964, de las posibilidades de recuperar para habitación desiertos y junglas; han aparecido, en Estados Unidos y en la URSS, nuevas formas de cultivo de la tierra. Finalmente, está la aparición de la «píldora». Entre otras muchas cosas, 1964 ha sido el año de la píldora; no porque se haya inventado en él, aunque sí se ha perfeccionado, sino por su tímida entrada en la moral pública. El Concilio Vaticano II —una revolución más en un tiempo de revoluciones— ha tratado, con la extrema prudencia y morosidad con que la Iglesia aborda los grandes temas de la revisión, de los principios de la familia. La decisión, como otras que se esperan del Concilio —la muy trascendental de la libertad religiosa—, está pendiente de la



nueva sesión conciliar. Pero importantes teólogos, incluso en países de profundidad católica, están tratando en público de la «voluntad de generación». Los moralistas encuentran un peligro latente, y es que la aparición de la «píldora» —y digo «la píldora» por utilizar un término genérico de los varios sistemas que se estudian para la limitación de los nacimientos— coincide con la aparición de la libertad amorosa —un síntoma muy marcado de 1964— en varias sociedades europeas y, por descontado, en la americana. La antigua, clásica, libertad sexual de los países escandinavos, ha ido descendiendo hacia el Sur, se ha establecido en Gran Bretaña, que está soltando las últimas bridas victorianas, y en Alemania; aparece ya en Italia. Los

moralistas temen que la «píldora» no sirva para una simple regularización, sino para un desenfreno; no para una planificación de la familia, sino para una destrucción de la célula familiar, que ellos consideran esencial para la estructura social. Los que llamaremos neomoralistas llegan a negar que la libertad del amor sea perjudicial para la sociedad. Pero éste no es un tema fácil de tratar en una revista de amplia difusión, de gran público. Queda, sencillamente, apuntado.

No sería extraño que la desvirilización, la emasculación del mundo occidental estuviera en relación directa con el supuesto peligro de la superpoblación; que el hombre, responsable de la manutención de la especie, tuviera un instintivo «echarse



La «Puerta de la paz celeste», en Pekín, escenario de grandes desfiles y manifestaciones de masas. Este año, los ojos de todo el mundo se han vuelto hacia ella: China Popular ha estrenado bomba atómica.



LAS LOCURAS DE 1964

Una revolución más en un tiempo de revoluciones: el Concilio Vaticano II ha cumplido este año su tercera etapa. Ha quedado una decisión pendiente para el año próximo: la libertad religiosa.

atrás», mientras que la mujer, como propagadora, tratase de fomentar la continuación...

• • •

Claro está que hay una solución —me apresuré a decir que es una solución falsa— para el problema de la superpoblación, y es la solución llamada bomba atómica. Ha seguido siendo el fantasma de nuestro año. Ha aparecido una nueva, la de los chinos —que, con sus 700 millones de habitantes, contribuyen a la demografía mundial de una manera notable—, y otra se ha perfeccionado, la de los franceses —aunque parece ser que la prueba última realizada en el Sahara, a principios de no-

viembre, fue un fracaso—. Según una conferencia del profesor Linus Pauling —doble premio Nobel: de Química y de la Paz, y es el único hombre que haya sido galardonado dos veces con el Nobel— en Méjico, la potencia almacenada por Estados Unidos y Rusia, en conjunto, es de unos 320.000 megatones: todas las bombas arrojadas por todos los combatientes en la última guerra mundial equivalían a seis megatones. Según sus datos, durante la famosa crisis del Caribe, los Estados Unidos tenían a punto de empleo una capacidad destructiva como para hundir enteramente 1.500 ciudades como Moscú. Es indudable que, con este arsenal de muerte, no hay en el mundo peligro demográfico... La

idea de las guerras como elemento antideográfico es antigua y está desprestigiada. El sociólogo Gaston Bouthoul («Le phénomène-guerres») considera las guerras, en este sentido, como «un infanticidio diferido». Es curioso que muchas personas, y muchos Estados, que consideran la descarga demográfica mediante limitación de nacimientos como un crimen social, consideren justa la guerra —que realiza una selección inversa, puesto que descarga las sociedades de sus elementos más activos, los jóvenes, mientras mantiene relativamente resguardadas las capas sociales menos productivas— para conseguir el mismo fin.

Es indudable que el hecho demográfico de nuestro tiempo, los tres mil millones de **SIGUE**



Goldwater —que apareció y desapareció como por encanto en este año enloquecido y que causó un tiempo de sobresalto, porque a veces estas figuras se imponen— fue abrumadoramente derrotado por Johnson, que representaba las fuerzas de la paz. Y Krushchev, otro creador de paz, desapareció del firmamento político.

habitantes, y las posibilidades que tiene esta población de comunicarse, de informarse y de educarse, ha creado un fenómeno reciente de opinión pública. Es decir, que el peso y la fuerza de la opinión pública han sobrepasado lo que se esperaba de ella. Es cierto que existe lo que el sociólogo americano David Riesman (*La multitud solitaria*) determina la «introdeterminación» y la «extradeterminación», considerando por lo primero la voluntad y la decisión del individuo, y, por lo segundo, la presión que ejercen determinados grupos dominantes de varias clases para imponerle un pensamiento «bueno», un pensamiento pre-fabricado, y que de la lucha entre esas dos fuerzas sale como resultante una tendencia social, pero puede decirse que, en nuestro año, ha habido un predominio de la introdeterminación. La fuerza, por ejemplo, con que el ciudadano del mundo se ha resistido a creer en el Informe Warren, que atestiguaba que Kennedy había sido asesinado por un loco, al cual había asesinado otro loco a su vez, es una muestra de la nueva importancia de la opinión pública al oponerse, por sí misma —«con sus manos desnudas», diríamos—, a grupos de presión tan fuertes como son los servicios de información pública de los Estados Unidos, el cine, las grandes agencias de información, las publicaciones conformistas, el FBI, la CIA y, finalmente, algo de crédito tan importante como una Comisión presidida por un hombre de moralidad intachable como es el juez Warren. En este sentido, la fuerza de la opinión pública, en 1964, ha acentuado las esperanzas de paz, del no uso de la bomba atómica.

• • •

Coinciden, en efecto, todos los analistas profundos en señalar que en el año terminado se han acentuado las posibilidades de paz y la coexistencia entre los dos bloques. Johnson representaba la paz en los Estados Unidos, y ha sido elegido; Wilson estaba más cerca de la paz que Douglas-Home, y ha sido elegido. Si los franceses apoyan de una manera creciente la política exterior del general De Gaulle es, sin duda, por un cierto cinismo positivo: porque creen profundamente que su desprecio a la fuerza multilateral, su reconocimiento de China, su aproximación a la U. R. S. S. y a los países comunistas son indicios de paz segura, mientras que las enormes sumas que dedica a los gastos de rearme y de construcción de un ejército atómico no podrán contribuir, por su insignificancia relativa, a un crecimiento de los peligros de guerra. Kosyguin y Breznev han afirmado minutos después de ocupar el poder que ocupaba Kruschef, extrañamente escamoteado, su vocación de entendimiento con Occidente; y hasta la misma desaparición de Kruschef, que fue gran creador de paz en el mundo, se interpreta como posibilidad de «otra» paz: la paz con China, la coexistencia con China, o la doble coexistencia. Incluso la aparición de Erhard en Alemania es una aparición positiva y pacifista, aunque sólo sea de una manera relativa: porque rectifica la política de Adenauer, glacial figura excedente de la guerra fría.

Aparte de todas estas elecciones, hay algo más expresivo y es una derrota: la del senador Goldwater. Su caricaturesca aparición en el firmamento político causó un tiempo de sobresalto, porque a veces estas figuras se imponen —recuérdese a Hitler, caricatura de un loco—; ahora está ya hundido en el mundo del olvido, despreciado incluso por su propio partido. Su conservadurismo no prendió, su derrota fue histórica. Fue una victoria de la opinión pública sobre la bomba atómica que aparecía humanizada —con razón o sin ella— en la figura del general Goldwater, senador de Arizona.

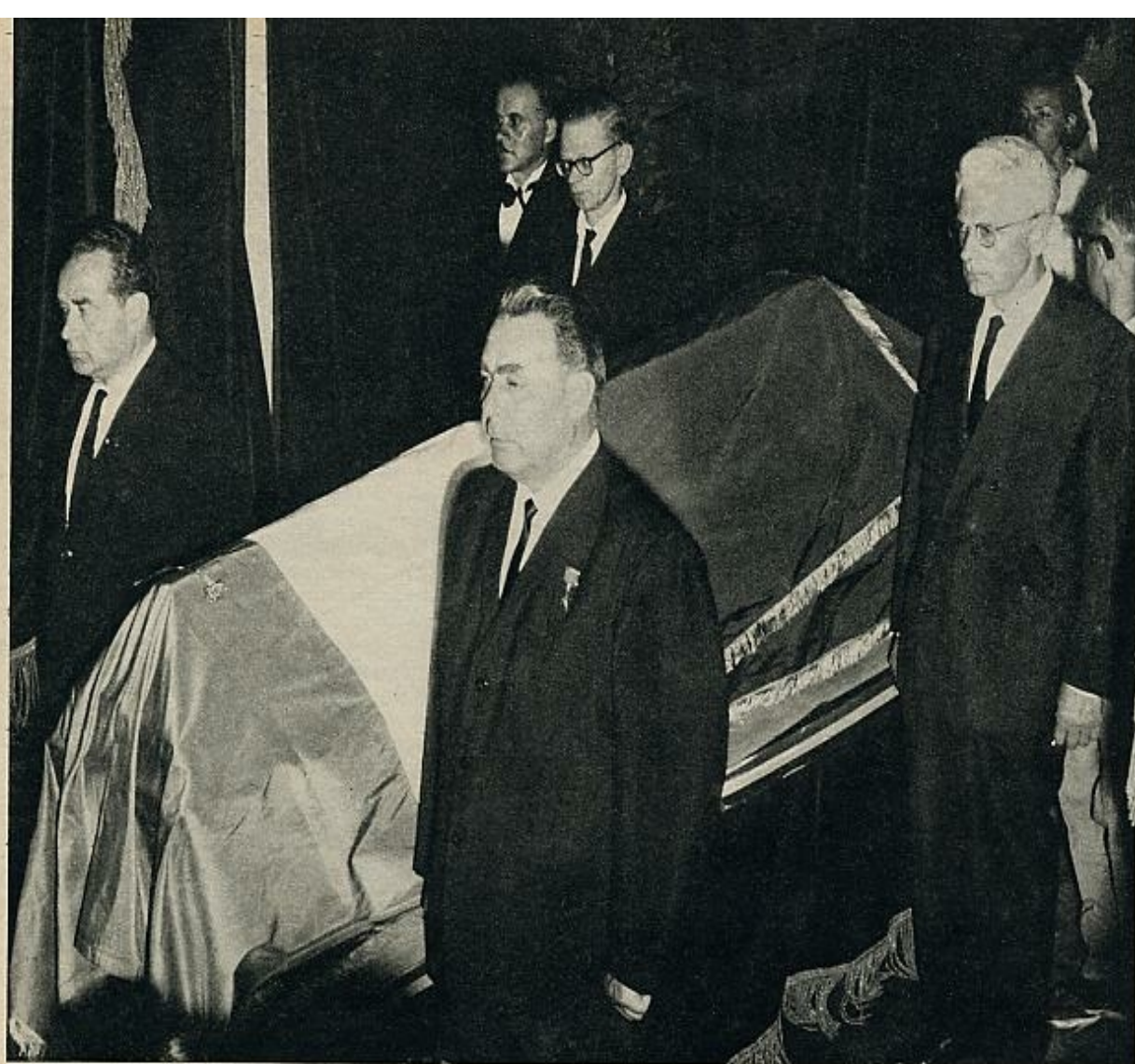
De esta forma, 1964 se convirtió definitivamente en el año del diálogo. Año de debates: no ya de bloque a bloque, como había sido el año anterior, sino dentro de cada gran grupo. Es el año en que el comunismo ha sido abierto al diálogo, más gracias a Togliatti —muerto el 21 de agosto, dejando tras de sí un trascendental documento que sin duda ha influido en la modificación de la política del Partido Comunista de la Unión Soviética—, más por Sartre —cuyo libro «Les Mots» ha sido uno

de los más importantes del año, dicho sea de paso porque no tiene relación directa con este tema, aunque la tenga profunda—, que por Kruschef, que se esclerotizó en su posición. La U. R. S. S. se ha abierto por fin a una dirección colegial, como la Iglesia ha abierto el diálogo con el Concilio Vaticano; diálogo no sólo entre los católicos, sino entre las distintas religiones e incluso —como en estas páginas lo ha reflejado admirablemente Enrique Miret— con los ateos. Todo está hoy en cuestión:

De Gaulle ha visitado Iberoamérica, consecuente con su postura antiyanqui. El apoyo que la política exterior del general encuentra en su pueblo se debe a que su táctica es indicio de una paz segura.



LAS LOCURAS DE 1964



El 24 de agosto moría Togliatti, dejando un trascendental documento. Junto al féretro aparece Breznev, que poco después ocuparía el puesto de Kruschef, por la influencia del «testamento» en la política soviética.

la N. A. T. O., la O. N. U., el Mercado Común —que en los últimos días del año recibió una inyección de ánimo con la unificación de los precios agrícolas—. La discusión, la receptividad de cada grupo, de cada comunidad de ideas no puede ser más que una fuerza positiva en el mundo; una fuerza hacia la paz y hacia la construcción de una nueva sociedad que debe crearse —y que está construyéndose— sobre las ruinas de nuestro antiguo mundo, claramente difunto.

* * *

Desgraciadamente no todo ha sido paz en el mundo. Tres puntos ardientes: Vietnam, el Congo, Chipre. Las hogueras de Chipre no están aún apagadas, las de Vietnam y del Congo arden con más fuerza. Son problemas paralelos, problemas de descolonización y de hambre. En Vietnam el poderío norteamericano se desintegra cada día, y las terribles predicciones de De Gaulle —«los americanos perderán la guerra como la perdimos nosotros»— se cumplen día a día. El drama del Congo tiene otro signo. Este ha sido un año malo para África, donde ha habido varias intervenciones extranjeras: la francesa en el Gabón, la británica en Kenya y Zanzibar, la anglo-belga, en Stanleyville. Dejando aparte la supuesta justicia de estas intervenciones, el hecho es que han minado la seguridad de África en sí misma. La Organización de Unión Africana está también en crisis, como las organizaciones de los blancos... El drama del Congo ha hecho decir a muchas fuerzas retrógradas que «los negros siguen siendo salvajes», y «no había que hacerse ilusiones». Es innecesario aclarar que los que hablan así jamás se habían hecho ilusio-

SIGUE



La Iglesia ha abierto el diálogo. Pablo VI se ha encontrado, en Bombay, con los jefes de otras religiones; un diálogo que se extiende incluso a los ateos. Y Bombay ha dado masivamente su respaldo a esta actitud papal.

LAS LOCURAS DE 1964

nes, o se las han hecho de un posible renacimiento del colonialismo. Pese a los síntomas habidos en este año, es preciso creer que la Historia nunca vuelve atrás. África está pasando por todos los dramas de la descolonización a la fuerza, de la independencia: prácticamente sufre lo que los psicólogos llaman «el trauma del nacimiento». Devastada por los siglos de esclavismo y colonialismo, abandonada por los técnicos, ocupada por una «nueva clase» que quiere medrar, está dando unos pasos difíciles. Habrá que esperar tiempo hasta que entre claramente en el mundo de los desarrollados. Pero es indudable que es preciso para ella una ayuda limpia, como lo es para todo el tercer mundo.

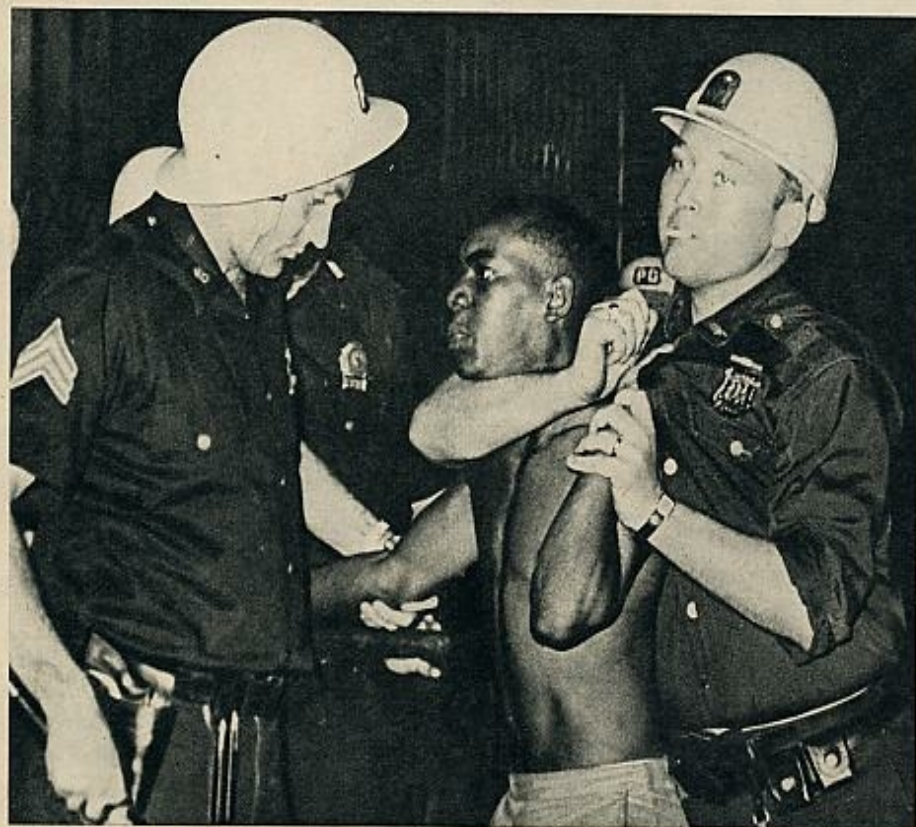
El drama planteado en estos momentos es el drama entre sociedades hambrientas y sociedades ahítas. En Bombay, donde el Papa peregrinó a fin de año —como a principios lo había hecho a Palestina—, Pablo VI tuvo ante sí el mundo del porvenir. «Todos somos uno —dijo— en la lucha por un mundo mejor». No será posible construir nada sólido en el mundo desarrollado si no se tiene en cuenta la existencia del mundo del hambre. Y la realidad de que en este crecimiento demográfico advertido ya, una enorme mayoría corresponde al mundo del hambre, sobre el mundo de la opulencia, al que llamamos «la sociedad de la abundancia».

* * *

Un mundo se va, otro adviene... Con una cierta melancolía, André Malraux, revolucionario de todas las guerras hoy aburguesado en una poltrona ministerial del Gabinete De Gaulle, ha acompañado al Panteón, que es el supremo olvido, los restos de Jean Moulin, que fue combatiente de la resistencia, jefe del «pueblo de la noche», como llamó el ministro-escritor al ejército de los combatientes clandestinos. Casi al mismo tiempo desaparecía, de la muerte más triste —falta de dinero—, «Liberation», el diario que Camus, Sartre, Simone de Beauvoir fundaron en la época de la noche, para el «pueblo de la noche»; y casi, también, al mismo tiempo, De Gaulle concedía la amnistía para los clandestinos de la OAS —excluyendo a ciertos asesinos tipificados—. Lo pasado es pasado y no regresa: las pasiones de un día hoy son ceniza. Nada se reconstruye, y nada vuelve. Ni Perón a la Argentina, a pesar de su curiosa escaramuza aérea. De la Argentina en crisis saldrá algo nuevo, pero las resurrecciones no se admiten. Algo nuevo está surgiendo en toda América a partir de Cuba, a partir de las revueltas antiyanquis en Panamá, en Bolivia, en Venezuela. Puede ser una nueva forma de socialismo, como la que ha aflorado en Chile con Eduardo Frei; pero poco a poco el Sur del continente se va desgajando del imperio de los Estados Unidos, que paulatinamente buscan su equilibrio económico en nuevas fórmulas.

¿Estamos en un mundo positivo? La pregunta me parece obvia, porque creo que la Humanidad ha sido siempre positiva en su camino, a pesar de tantos errores, de tantas sangres. A pesar de las locuras de 1964, a pesar de las melenas masculinas y los pantalones femeninos, a pesar del «mondo cane», las sombras chinas de 1964 tienen una ordenación grata, una ordenación perfectamente admisible.

E. H. T.



Tres focos de guerra en violenta erupción en 1964: Chipre, Vietnam y el Congo. Tres heridas que no acaban de cicatrizar. Y en el Sur U. S. A., el problema racial dio lugar a cruentos choques y, en ocasiones, a desenfrenos racistas por parte de la población blanca. Pese a estas locuras, el 64 arroja un balance positivo.